

líquida. Aquella lejana risa, pasaba sobre ella como un sarcasmo horrible. Se tapó los oídos para no oír y entonces vió el lujo del gabinete. Levantó la vista hacia la rosada tienda, hasta la corona de plata que dejaba ver un mosfetudo amorcillo preparando su flecha; después de haber recorrido con la vista todos aquellos objetos desparramados que le recordaban su vergüenza, volvió al centro del gabinete, con el rostro amoratado, no sabiendo por donde huir de aquel perfume de gabinete, de aquel lujo que se descotaba con la impudicia de la prostituta y que todo lo presentaba sonrosado.

Cerró los ojos momentáneamente y cuando volvió á abrirlos se miró al espejo. Estaba acabada, se vió muerta. Todo su rostro le decía que el trastorno cerebral se consumaba. Entonces arrojó sobre sus hombros una capa de pieles para no atravesar el baile completamente desnuda y bajó.

En el saloncito se quedó frente á frente con Sidonia, quien, para gozar del drama, se había apostado en el pórtico de la estufa. Pero no supo qué pensar cuando apareció Saccard con Máximo, y á todas las preguntas que en voz baja le dirigió, la contestó brutalmente su hermano que soñaba y que no había absolutamente nada. Después, Sidonia olfateó la verdad. Su amarillo rostro palideció. Le parecía demasiado fuerte la cosa. Y suavemente fué á pegar el oído á la puerta de la escalera,

esperando que oiría llorar á Renata arriba. Cuando la joven abrió la puerta, una de las hojas casi abofeteó á su cuñada.

—¡Me estabas espiondo!—la dijo encolerizada.

—¿Acaso me ocupo yo de tus porquerías?—respondió Sidonia con gran desdén.

Y recogiendo su traje de maga y apartándose con majestuosa mirada, añadió:

—Hija, no es culpa mía si suceden accidentes... Pero yo no guardo rencor ¿entiendes? Puedes estar persuadida de que hubieras encontrado en mí y encontrarás todavía una segunda madre. Te espero en mi casa cuando gustes venir á ella.

Renata no la escuchaba. Entró en el gran salón, cruzó por entre una complicada figura del cotillón, sin reparar siquiera en la extrañeza que producía su capa. Había allí grupos de señoras y caballeros que se mezclaban agitando banderolas y se oía la voz de M. de Saffré, que decía:

—¡Vamos, señoras! «¡La guerra de Méjico!»... Es preciso que las señoras hagan las malezas extendiendo sus faldas en redondo y acurrucándose en el suelo, á la vez, los caballeros que giren alrededor de las malezas... y después, cuando yo dé una palmada, cada uno valsará con su maleza.

Dió una palmada. Los instrumentos metálicos sonaron y el vals lanzó una vez más las parejas alrededor del salón. La figura había alcanzado

poco éxito. Dos señoras se habían quedado sobre la alfombra enredadas en sus encajes. La señora Darté declaró que lo que le gustaba de «La guerra de Méjico», era hacer «pompas» con el vestido como en el colegio.

Renata llegó al vestíbulo, encontró á Luisa y á su padre, acompañados de Saccard y Máximo. El barón Gourand se había marchado. Sidonia se retiraba con Mignon y Charrier; mientras que M. Hupel de la Noue acompañaba á la señora Michelin, á quien su marido seguía discretamente. El prefecto había empleado el resto de la noche en hacer la corte á la linda morena, y acababa de decidirla á pasar un mes de verano en su departamento, «en donde había antigüedades verdaderamente curiosas.»

Luisa, que mascaba, ocultándose, un almendrado que tenía en el bolsillo, se vió atacada de un acceso de tos en el momento de salir.

—Tápate bien,—le dijo su padre.

Y Máximo se apresuró á ceñir más el lazo del capuchón de su salida de baile. Ella alzaba la barba y se dejaba envolver. Cuando Renata apareció, M. de Mareuil volvió á despedirse de ella, por cuyo motivo charlaron unos instantes. Renata queriendo explicar su palidez y su temblor, dijo que tenía frío y que había subido á sus habitaciones para echarse un abrigo sobre los hombros. Espia-

ba un momento para poder hablar bajo con Luisa, que la miraba con su serena curiosidad. Mientras los hombres se apretaban una vez más las manos, se inclinó y murmuró:

—¿No se casará usted con él, verdad? No es posible. Bien sabe usted que...

Pero la niña la interrumpió, empinándose y diciéndola al oído:

—¡Oh! Tranquílcese usted; me lo llevo... Nos marchamos á Italia.

Y sonreía con su vaga sonrisa de esfinge viciosa. Renata quedó balbuciente. No comprendía aquello, é imaginaba que la jorobada se burlaba de ella. Después cuando los Mareuil se marcharon, repitiendo muchas veces: «¡Hasta el domingo», miró á su marido, miró á Máximo y viendo con espantados ojos sus caras tranquilas y su aspecto satisfecho, se cubrió el rostro con las manos, huyó y se refugió en el fondo de la estufa.

Las avenidas estaban desiertas. Los grandes follajes dormían, y sobre la pesada sábana del estanque, dos capullos de ninfas se entreabrían lentamente. Renata hubiera querido llorar; pero aquel húmedo calor, aquel olor fuerte que reconocía, le apretaban la garganta y estrangulaban su desesperación. Miraba á sus pies, á orillas del estanque, aquel sitio de amarilla arena, sobre el

cual el invierno anterior extendió la piel de oso; y cuando levantó los ojos, vió todavía una figura más del cotillón, allá en el fondo, á través de las dos puertas que estaban abiertas.

Aquello era un ruido ensordecedor, una confusa batahola en que no vió al pronto más que faldas, volantes y negras piernas girando y volteando. M. de Saffré gritaba: «¡El cambio de señoras! ¡El cambio de señoras!» y las parejas atravesaban en medio de un amarillo y fino polvo; cada caballero, después de haber dado tres ó cuatro vueltas de vals, arrojaba su dama en brazos de su vecino, quien á su vez le arrojaba la suya. La baronesa de Meinhold, con su traje de Esmeralda, caía de los brazos del conde de Chibray á los de M. Simpson, quien la cogía al descuido por un hombro, en tanto que su mano enguantada se deslizaba bajo su cuerpo. La condesa Vanska, enrojecida, haciendo sonar sus colgantes de coral, iba de un empujón, desde el pecho de M. de Saffré al del duque de Rozán, á quien se asía, obligándole á hacer piruetas por espacio de cinco compases, para cogerse en seguida á la cadera de M. Simpson, que acababa de arrojar la Esmeralda al director del baile. Las señoras Teisiere, Darte y Lauwerens relucían como grandes y vivientes joyas, con la rubia palidez del Topacio, el templado azul de la Turquesa y el azul ardiente del Záfiro, abando-

nándose un momento, cimbreándose sobre la extendida mano de un bailarín, partiendo después y llegando de espaldas ó de frente con nueva pareja, recibiendo al desfilarse los abrazos de todos los hombres del salón. Al mismo tiempo, la señora d' Espanet había conseguido apoderarse de la de Haffner y bailaba con ella sin quererla soltar. El Oro y la Plata, bailaban juntos amorosamente.

Renata comprendió entonces aquel torbellino de faldas, aquel movimiento de piernas. Estaba colocada debajo y veía la furia de los pies, el batiburrillo de botas lustradas y tobillos blancos de los bailarines. Había momentos en que creía que un golpe de viento iba á levantar las faldas. Aquellos bustos desnudos, aquellos desnudos brazos y desnudas cabelleras, que volaban y se arremolinaban, cogidos, lanzados y vueltos á coger desde el fondo de aquella galería en que el vals de la orquesta se hacía más sensual, en que la roja tapicería palidecía bajo las últimas convulsiones del baile, se le aparecieron como la imagen tumultuosa de su propia vida, de sus desnudeces y sus abandonos. Experimentó tal dolor al considerar que Máximo para coger á la jorobada entre sus brazos la había arrojado á ella allí, en donde tanto se habían amado, que pensó arrancar un tallo del tanghin que le rozaba las mejillas y mascarlo

hasta el tronco. Pero fué cobarde y quedó inmóvil delante del arbusto, tiritando bajo el abrigo de pieles que tenía en sus manos, y apretándolo estrechamente con profunda expresión de aterrizada vergüenza.

## VII

Tres meses después, en una de esas tristes mañanas de primavera, Aristides Saccard bajaba del coche en la plaza de Chateau d' Eau, y se internaba con otros cuatro señores en el laberinto de derribos que habían de dar paso al bulevar del príncipe Eugenio; eran los individuos que formaban la Comisión de informe enviada por el Jurado de indemnizaciones para apreciar en el sitio mismo ciertos inmuebles, cuyos propietarios no habían podido entenderse amistosamente con el Municipio.

Saccard renovaba el golpe de fortuna de la calle de la Pepiniere. Para que el nombre de su mujer desapareciese completamente, ideó, en primer